

te Lincoln!» Una anciana negra, que estaba en el umbral de su humilde cabaña, exclamó al pasar Lincoln: «¡Gracias, Jesus mio, por haberme permitido ver al Presidente!»

Aquella guerra cruel y fratricida terminaba, no sólo sofocando la rebelion del Sur, con lo cual se conservaba la Union, sino aboliéndose del todo la esclavitud, pues ántes de alcanzarse la última victoria, el Congreso había aprobado un acta, en virtud de la cual se declaraban libres todos los esclavos en el país, incluso los de los Estados rebeldes de la Confederacion.

Entre tanto, había ocurrido otro hecho importante: en las nuevas elecciones para la Presidencia, efectuadas en noviembre de 1864, el partido del Sur hizo un supremo esfuerzo para recobrar su ascendiente, perdido durante largo tiempo; pero todo fué inútil, y desde luégo se comprendió que Abraham Lincoln, quien merecía la confianza y el respeto de todos, sería reelegido por el pueblo.

Siendo Lincoln el campeón de los derechos de los pobres esclavos, ya se comprenderá que la poblacion negra bendecía su nombre, y que en todo el país fuese objeto de las más entusiastas ovaciones. En la recepcion que tuvo lugar en la Casa Blanca el 1.º de enero de 1864, con motivo de ser el día de Año nuevo, los pobres negros se agolparon en tropel á la puerta del palacio presidencial para ver á su bienhechor, á quien realmente adoraban como á un sér superior; y cuando algunos de ellos, más atrevidos que otros, se aventuraron á penetrar en la cámara de recepciones, y vieron que, mezclándose con los blancos, por primera vez en su historia, eran recibidos afablemente por Lincoln, su admiracion y alegría no reconoció límites; tan pronto reían como lloraban de alegría, y oíaseles exclamar á intervalos: «¡Dios bendiga al señor Presidente; Dios bendiga á Abraham Lincoln; Dios bendiga á *Masasa Linkum!*»

Poco tiempo despues los negros de Baltimore regalaron á su bienhechor un magnífico ejemplar de la Biblia, ricamente encuadernado, con cantoneras de oro y dos planchas del mismo metal, en una de las cuales representábase al Presidente quitando los grillos á un esclavo, y á sus piés un rollo de papel con la palabra EMANCIPACION; en la segunda placa, una inscripcion contenía las siguientes palabras:

«A Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos, y amigo de la libertad universal. De la poblacion negra de Baltimore, en prueba

de respeto y agradecimiento. Baltimore, 4 julio de 1864.»

La Biblia fué presentada por una diputacion de negros, acompañada de dos sacerdotes, y en el discurso con que el Presidente les dió las gracias, sus últimas palabras revelan cuánto respetaba la Sagrada Escritura. «La Biblia, dijo, es el mejor donativo que Dios ha hecho al hombre; ese libro nos comunica todo lo bueno del Salvador del mundo; y si no fuera por él, no sabríamos distinguir el mal del bien. La Biblia contiene todas las cosas apetecibles para el hombre; y yo os doy las más expresivas gracias por este magnífico ejemplar del gran Libro de Dios.»

El día 4 de marzo de 1865, Abraham Lincoln, reelegido por una gran mayoría, juró segunda vez su cargo de Presidente de los Estados Unidos, en una época en que, aunque la guerra no hubiese terminado, abrigábanse fundadas esperanzas de que se restableciese pronto la paz. Ningun Presidente había obtenido nunca tan inmenso número de votos en su favor; y en la íntima conviccion de que todos sus actos durante la guerra habían merecido la aprobacion de sus compatriotas, el porvenir pareció á Lincoln más risueño que lo había sido hacia muchos años. Y cuando el 11 de abril, dos días despues de la rendicion de Richmond, dirigió al Congreso un discurso en el que manifestaba sus deseos de que se tratase con indulgencia á los Estados separatistas, procurando restablecer en cuanto fuese posible sus antiguas relaciones con el gobierno central, fué evidente que esperaba confiado en una era de paz para todos sus compatriotas.

Abril de 1865 fué un mes de triunfo y de regocijo para el pueblo de la Union; pero también de luto. La capital de los confederados estaba ocupada por las fuerzas del Gobierno; Lee se había rendido á Grant, y Sherman terminaba la campaña; de modo que en todas partes, excepto muy pocos puntos, la Confederacion quedaba completamente vencida, é incapaz de oponer más resistencia; pero la alegría que todo esto produjo se desvaneció por un trágico suceso que no tenía paralelo en los anales de la historia americana, que sembró el luto y la consternacion en todo el país, y que excitó el horror y el asombro hasta en las naciones extranjeras. Por primera vez en la República, el asesinato político hería al jefe del Gobierno; por primera vez, manos criminales habían tratado de resolver los grandes problemas del día, apelando á

los medios más infames. En la mañana del 14 de abril, el estado social y político parecía ofrecer para lo futuro un largo período de paz y tranquilidad, tales como no se habían disfrutado hacía mucho tiempo; pero llegada la noche, todo se convirtió en alarma, dudas é incertidumbre, á causa de un crimen, ó mejor dicho una serie de crímenes, más bien característicos del despotismo ruso ó turco, que no de un pueblo libre y razonable, acostumbrado á las formas constitucionales, á las empeñadas discusiones y á la supremacía de las leyes: el incidente de un momento nubló la frente de los hombres, entristeciendo su alma profundamente.

Sólo hacia seis semanas que Abraham Lincoln había jurado por segunda vez el cargo de Presidente cuando la bala de un asesino terminó su brillante carrera. Había visto casi el término de la gigantesca lucha, á la cual sirvió de pretexto su primera eleccion; pero aun faltaba vencer muchas dificultades, y por eso el Presidente estaba siempre grave y pensativo; sus toscas facciones no se animaban ya como ántes con una sonrisa; las líneas de su rostro eran mucho más profundas que algunos años ántes; y una sombra de tristeza comunicaba cierta sblimidad á su fisonomía.

Lincoln acababa de volver de Richmond, y durante el día habíase ocupado de los asuntos de más urgencia, reuniendo á su gabinete, para tratar sobre todo de la cuestion del Sur. Lincoln esperaba que terminase pronto la guerra, y que todos los individuos de la gran familia se volvieran á reunir como ántes. Durante la sesion todos observaron que el Presidente parecía inquieto, creyendo notar en él algo extraño. En vez de referir alguna graciosa anécdota, como tenía costumbre de hacerlo, guardaba silencio á intervalos, é inclinando la cabeza, quedaba sumido en una profunda meditacion. Como se le preguntara si estaba indispuerto, contestó que no, pero que presentia algun suceso extraordinario dentro de muy poco tiempo. El Procurador general Mr. Bates, que se hallaba en la cámara, preguntó á Lincoln si sucedería algo bueno ó malo. «No lo sé, no lo sé, repliqué con gravedad el Presidente; pero os aseguro que ocurrirá algo, y esto, muy pronto.» Al oír sus palabras, uno de los individuos del gabinete le preguntó á su vez si había recibido por casualidad alguna noticia de que el gabinete no tuviese conocimiento. «No, repuso Lincoln, no he recibido nada; si hablo así es porque he tenido dos veces un sueño que se repitió ano-

che por la tercera, aunque con alguna variacion, y que me entristece el alma. El primer sueño precedió á la batalla de Bull-Run; el segundo fué seguido de otro desastre para los federales; y el tercero....» «Acabe V.,» dijo el Procurador, viendo que Lincoln guardaba silencio. «He soñado, contestó el Presidente sin levantar la cabeza, que me hallaba en una barca en un rio muy ancho é impetuoso, y que de pronto aquella fué arrastrada con tal fuerza, que no la pude contener; poco despues mi embarcacion comenzó á hundirse, y entónces me disperté; pero dejemos esto, señores, y prosigamos nuestro trabajo.»

Durante la guerra, así Lincoln como los individuos de su gabinete habían recibido con frecuencia cartas anónimas del partido del Sur en que se les amenazaba con la muerte; y mientras duró la lucha, las vidas de Lincoln y sus colegas estuvieron siempre en peligro, pues se ha de tener presente que algunos confederados, no sólo se hicieron culpables durante la guerra de muchos actos que se podrían calificar de bárbaros é inhumanos, sino que, segun dijo un cronista de aquella época, llegóse hasta el punto de que en uno de los diarios del Sur se ofreciese una recompensa al que diese muerte á Abraham Lincoln, al Vice-presidente y al Secretario de Estado Mr. Seward. Lincoln conoció muy bien el peligro que le amagaba, y en una ocasion, al hablar de las cartas amenazadoras que se le enviaban, dijo que las recibía con toda regularidad, y que archivaria esta singular correspondencia.

Sin embargo, como la guerra había concluido, y era de pensar que se hubiesen templado las animosidades, atendidas las consideraciones del Norte con el Sur, creyóse que no debía temerse ya peligro alguno; pero en los corazones de algunos hombres desesperados predominaba todavía el espíritu de rebelion, y el hecho de haber triunfado al fin el Norte, excitaba su deseo de venganza.

Sea como fuere, el Presidente, deseoso de distraerse un poco de sus penosos trabajos, y para complacer á su señora, accediendo á las instancias de sus muchos amigos, resolvió en la noche del 14 de abril ir á pasar la noche al teatro Ford, juntamente con el general Grant, pues se había anunciado públicamente que ambos irían á presidir la funcion, mas no habiéndole sido posible á este último asistir á la hora convenida, por ser necesaria su presencia para el despacho de ciertos asuntos del servicio, el



Presidente se dirigió al teatro á eso de las ocho de la noche, acompañado de su señora y dos amigos, y fué á ocupar el palco que se le tenía preparado de antemano. A eso de las diez y media, en el momento en que iba á comenzarse el tercer acto, y cuando todo el mundo fijaba su atención en la escena, un jóven, de gallarda presencia, llamado Juan Wilkes Booth, natural

de Baltimore, conocido como actor, é hijo del eminente trágico inglés, Junio Bruto Booth, aprovechándose de esa libertad que tienen todos los cómicos en los teatros, penetró en el vestíbulo del palco sin ser visto, y cerró la puerta por dentro. Hecho esto, sacó de su bolsillo una pistola y una daga, y entrando entonces de pronto en el palco del Presidente, que



Meade, general del ejército de la Union

en aquel momento fijaba su vista en la escena, le disparó un tiro á boca de jarro. Mr. Lincoln, herido mortalmente, se inclinó sobre la barandilla, cerráronse sus ojos y no exhaló una sola queja, siendo de advertir que durante su agonía, que no terminó hasta las siete y veintidos minutos de la mañana del día siguiente, no recobró el conocimiento ni un solo instante. De creer es, que el desgraciado Lincoln no supo que la mano de un asesino había puesto fin á su existencia, y como no odiaba ni quería mal á nadie, nunca había hecho caso alguno de los

muchos anónimos que se le dirigian con frecuencia, amenazándole con la muerte.

Segun ya hemos dicho, la herida del Presidente era mortal, pues la bala del asesino había atravesado el cráneo por la oreja izquierda, penetrando hasta la cavidad del ojo derecho. Al oír la detonación, todas las miradas se dirigieron al palco: el mayor Rathbone, el único hombre que estaba con el Presidente, vió á través del humo de la pólvora á un desconocido que estaba á pocos pasos de Lincoln, y lanzándose sobre él, trató de sujetarle, pero Booth

arrojó entonces su pistola, hundió la daga en el brazo izquierdo de su adversario, acercóse á la barandilla del palco, gritando: *¡Sic semper tyrannis!* y saltó al escenario con la ligereza de un tigre. Al caer, no obstante, se le resbaló un pié, en cuyo momento trataron de detenerle varias personas, pero entonces, levantándose

con la rapidez del relámpago, armada siempre su diestra con la daga, obligó á retroceder á los que estaban más próximos y atravesó el escenario gritando con voz estentórea: *¡El Sur está vengado!* Antes de que nadie pensara en perseguir á Booth, salió éste del teatro por la puerta excusada, y montando en su caballo, que



Stuart, general del ejército de la Union

tenía de la brida un muchacho en la puerta, lanzóse á escape en dirección al puente de Anacosta, que conduce fuera de Washington, y fué á buscar refugio en la parte Sur de Maryland, entre cuyos habitantes, por lo general partidarios de la esclavitud, esperaba encontrar Booth quien le ocultase por el pronto.

Que el presidente Lincoln fué víctima de una conspiración de los rebeldes, es un hecho probado hasta la evidencia; no así que los jefes y hombres notables de la Confederación estuviesen complicados en el asesinato, pues se ha demostrado de una manera indudable que el mismo Booth fué el alma de aquel monstruoso

complot y el único que concibió el proyecto de llevar á cabo tan abominable crimen. Booth era simplemente uno de esos muchos jóvenes libertinos y mal educados, que infestan nuestras grandes ciudades, y que creyéndose con derecho á un título de nobleza se dejan dominar por ciertas tendencias aristocráticas é ideas exageradas hasta el punto de creer, que emancipar á los esclavos, reconociéndoles los mismos derechos que á los blancos, es una traición y un crimen que merecen el más severo castigo. Por lo demás, no resultó de la causa la menor prueba de que Booth ó algunos de sus compañeros tuviesen ningún motivo de resentimiento con-